

ria. En dos años publicamos ocho primeros libros de autores argentinos en la editorial Galerna. No nos dejamos desalentar por ser diez años más jóvenes de lo que parecíamos, no nos dejamos apagar ni por los vendavales de la hiperinflación ni por los humos raros que empezaron a llegar desde el discurso posmoderno. Nosotros, con sudor y bastante locura, galvanizábamos esa flor (¡Salud!: Sylvia Iparraguirre, Marcelo Caruso, Edgardo González Amer, Martha Berlin, Jorge Mirarchi, Lucio Donantuoni) y los que se nos acercaron después con su aliento y sus libros: Rafael Flores (desde España), Ricardo Maneiro (desde Quilmes), Lucio Yudicello (desde Córdoba). Creo que hicimos un buen trabajo; fue bastante duro, pero ahora recuerdo esa empresa con ternura, nos imagino a altas horas de la noche en un taller destartado, adquiriendo habilidades prácticas que no teníamos, bajo la mirada de Abelardo Castillo que controlaba las cubetas, que nos ayudaba a mezclar los ácidos. Y en realidad a nuestros libros les fue bastante bien. No quiero insistir en la calidad de los textos porque aquí estoy hablando de otras cuestiones, pero resultó que una vez superados aquellos obstáculos editoriales, cuando por fin nuestros libros llegaron a manos de los lectores y de la crítica especializada, nos dijeron que habíamos hecho un muy buen trabajo. Respaldaron la colección unos escritores entrañables como Héctor Tizón, Daniel Moyano, Liliana Heker, David Viñas y Héctor Lastra. Ernesto Sábato nos afirmó que Roberto Arlt, desde el otro mundo, estaba satisfecho con nosotros. Pero insisto en que lo que aquí quiero subrayar es la respuesta creativa que supimos dar a los agobiantes obstáculos cotidianos, ese método de alternativa cultural que pudimos soñar sobre la marcha. Y, como ya se sabe, que mejor que regalar un pescado es enseñar a pescar, eso es lo que aprendimos: a volver concretos nuestros sueños; fue una buena lección, que si hace falta, dado que el sistema macroeconómico que está detrás de nuestra actual democracia no es muy distinto del que estaba detrás de los militares, digo que si la situación vuelve a ponerse jodida, si tienden a asfixiarnos los vapores cadavéricos del posmodernismo, o si los editores se vuelven demasiado pesados con sus ideas del libro mercancía y las leyes del mercado, o si los políticos (que manejan los planes culturales) nos atosigan con sus actuales ideas sobre la muerte de las ideologías (que en sus bocas quiere decir: la muerte de las

ideas y de los ideales), bueno, entonces podemos llevar a cabo algún otro invento en la línea de Arlt, y mostrarles que la literatura es algo más que un mero juego, en todo caso un juguete rabioso que les largaremos entre las piernas para que muerda a quien corresponda.

Roberto Anglade

Por qué Nietzsche en la Argentina no es (solamente) posmoderno

El 24 de marzo de 1976 —lo intuíamos entonces, lo sabemos ahora— se cerraba una etapa en la historia argentina. Las Fuerzas Armadas asumían el poder, con el apoyo tácito de amplios sectores de la clase media. Finalizaban tres tumultuosos años jalonados por resonan-

tes y extraños acontecimientos, sobre los cuales la sociedad argentina aún está lejos de haber meditado suficientemente.

En 1973, impulsado por un impresionante avance popular, cuyos principales protagonistas eran la juventud y la clase trabajadora, el general Perón retornaba al país luego de 18 años de exilio. Lo hacía en el contexto del triunfo abrumador del peronismo, en elecciones libres arrancadas a una dictadura militar que gobernaba el país desde 1966. Tocaba a su fin un periodo de casi dos décadas caracterizado por la proscripción del partido mayoritario y la persecución de sus militantes.

La vuelta de Perón había sido precedida por un interesante debate teórico. Frente a la tradicional inteligencia de la Argentina edificada según los cánones, apenas alterados, de 1880, había surgido una nueva generación de intelectuales, artistas y pensadores jóvenes que impugnaban radicalmente tanto la concepción del país como el modo de encarar la tarea cultural por parte de aquellas élites ilustradas. La convencional disidencia académica entre la derecha conservadora y la izquierda liberal —igualmente miopes para ver las realidades surgidas a partir de 1945— pasó a un segundo plano frente a la fuerza avasalladora de una lectura e interpretación renovadas de la historia argentina y de los clásicos del marxismo, que procuraban compatibilizar la teoría de la lucha de clases con las ideas de liberación nacional. A la luz de las revoluciones china, vietnamita, cubana, el peronismo aparecía como un formidable movimiento de liberación nacional en un país dependiente. La vieja comprensión del peronismo en término de «fascismo criollo» se batía en retirada —ya en la década del 60— ante el vigor de la nueva interpretación. El peronismo era «socialismo nacional», socialismo adaptado a las exigencias de un país dependiente, en el cual es impensable una revolución social sin liberarse simultáneamente de la sumisión imperialista. En este contexto, adquirieron una enorme importancia autores argentinos casi desconocidos hasta esos años: Scalabrini Ortiz y Jauretche son quizá los ejemplos más elocuentes.

¿Todo este poderoso movimiento cultural era sólo una nueva moda? ¿Una vez más la inteligencia argentina absorbía ideas prestigiosas generadas en los países centrales y las trasladaba a nuestras latitudes? ¿Cuánto había

influido el 68 francés en el discurso ahora dominante? En todo caso, no tuvimos demasiado tiempo para saberlo. Menos todavía, para ver qué habría pasado si las nuevas lecturas, motivaciones, propuestas estéticas, se hubiesen asentado, alcanzando madurez, suficiente grado de elaboración. Apenas instalado el gobierno popular, el terror y el contraterror empezaron a monopolizar la escena, adueñándose progresivamente de ella, relegando a un casi inexistente segundo plano la discusión conceptual. Basta mencionar el 20 de junio de 1973, Ezeiza. Las viejas estructuras de poder se mostraron impotentes frente a la crisis: partidos políticos, sindicalismo, corporaciones empresarias, agrupaciones juveniles, intentaban vanamente y no siempre con la debida energía y buena fe y los mejores métodos, controlar la situación. La violencia ciega se multiplicaba en progresión geométrica sin que la democracia, recientemente reinstaurada, atinase a encontrar las soluciones, los mecanismos para contrarrestarla. Perón agonizaba, pronto moriría. López Rega, siniestro personaje próximo al líder, acumulaba —sin que aún hoy sepamos cómo— día a día más poder. Los grandes medios de comunicación predicaban cada vez más desenfadadamente la ruptura del orden constitucional. La esperanza de una revolución que —en el marco de la democracia— permitiera recuperar la dignidad de los argentinos se diluía rápidamente en el horizonte.

El 24 de marzo de 1976, las armas reemplazaron definitivamente a las ideas. El pueblo argentino perdió con ello una batalla decisiva. El ascenso de la violencia a los extremos había dejado reducida la contienda a unos pocos y nada representativos actores: los grupos guerrilleros y la represión ilegal. Pero si el pueblo argentino perdió una batalla, el pensamiento argentino, la cultura argentina, perdieron —tal vez— la guerra. Élite culturales tradicionales, nuevas generaciones, perdimos todos, perdimos por igual, perdimos la posibilidad de la palabra. Hay que decir, sin embargo, que algunos viejos intelectuales del régimen se adhirieron rápidamente al nuevo estado de cosas. No fueron muchos pero los hubo. Y corresponde mencionar un ejemplo paradigmático: Jorge Luis Borges, cuya literatura —es obvio— no queda por ello invalidada.

¿Qué hacer? Por cierto, muchos intelectuales, artistas, pensadores, optaron por el exilio. Exilios forzados o exi-

lios por conveniencia. Otro debate pendiente. Pues ni todos los que se fueron eran perseguidos, corrían objetivamente peligro, ni todos los que eran perseguidos se fueron. Algunos hasta carecían de las posibilidades materiales de hacerlo. De los últimos, muchos pagaron con su vida su atrevimiento. Otros —era su destino— sobrevivieron. Sea como fuere, aprendimos algo que no olvidaremos: en la Argentina pensar, crear, implica arriesgar la vida. Hasta ese punto llega nuestra responsabilidad. A su turno, los europeos también lo habían experimentado. ¿Cabe esperar a partir de allí otro espesor, otra gravedad de la cultura?

Yo —como tantos otros— me quedé. Y decidí seguir pensando. ¿Cómo hacerlo? ¿Por dónde seguir? Mi situación no era similar a la de los académicos. Para mí el pensamiento filosófico era —lo sigue siendo, creo que el auténtico siempre lo fue— compromiso con la realidad, exigencia de asumir conceptualmente la propia realidad. Por lo demás, sin ser marxista, compartía yo las ideas básicas de transformación en términos de liberación nacional y social, con una fuerte insistencia en la peculiaridad irreductible de las culturas, fundamentalmente de las culturas no (o no enteramente) europeas. Ya —por esos años— me oponía en términos teóricos muy concretos a lo que denominaba «horizonte ontológico de lo universal», sustrato más hondo de la cultura europea, surgido a fines de la antigüedad clásica, consolidado en la modernidad y no abandonado hasta hoy. Cifrabá en él lo esencial de la dominación imperialista de Occidente.

Dicho de otra manera: en la reivindicación anticolonial de los pueblos del Tercer Mundo, muy principalmente, en la conversión de sus culturas nacionales y populares en voluntad política, veía yo entonces la emergencia de un pensamiento, de una filosofía de la diferencia que ponía en jaque al presupuesto universalista desde el cual Occidente había legitimado siempre su ancestral práctica de sumisión de otras culturas, desacreditando la singularidad de las mismas en nombre de una propia particularidad erigida en valor absoluto. Por cierto, la dominación cultural siempre fue el punto de partida de todo otro tipo de dominación (económica, política, etc.).

¿Quién había desarrollado mejor que Nietzsche una crítica sin concesiones a los presupuestos más recónditos del pensamiento occidental? ¿Por qué no continuar pensando entonces por la senda abierta por Nietzsche,

bibliografía, problemática, terminología, torpemente no prohibidas por la dictadura?

En los años de mayor represión fue pues para mí la frecuentación de las obras de Nietzsche el modo de sobrevivir intelectualmente. De permanecer fiel a mis preocupaciones de fondo. Dejo aquí de lado las otras lecturas e intereses, que fueron muchos. Me atengo a lo esencial. Debo aclarar, por lo demás, que no fui el único en experimentar este viraje, el único que llegó a esta misma conclusión. Varios cultores del pensamiento filosófico argentino que siguieron trabajando en el país tomaron por esta vía. Menciono, a modo de ejemplo, a Jorge Bolívar.

Es cierto que para quienes en Latinoamérica pensábamos —y pensamos— tomando alguna distancia frente a las modas ideológicas europeas o norteamericanas, a partir del sentimiento de habitar una realidad distinta que nos exige pensar desde otros fundamentos, las lecturas de los autores europeos o norteamericanos son simples estímulos, búsqueda de insertar nuestras a menudo mudas intuiciones en el lenguaje de la cultura dominante. Pero también lo es que la lectura de un gran filósofo, de un gran creador, no es sin consecuencias. Concretamente, la convivencia con los textos de Nietzsche fue transformando significativamente mi pensamiento. Aprendí en aquellos años, mientras en más de una oportunidad por las noches veía y escuchaba extraños procedimientos, que la liberación de los pueblos y las culturas no pasaba fundamentalmente por un enfrentamiento dialéctico con el dominador, regido por la lógica de la negatividad, sino antes bien por la afirmación de la propia diferencia. Se fue consolidando así una metafísica de la singularidad, de la diferencia, de la repetición, en una palabra, de la afirmación incondicional de sí, alejada de toda racionalidad dialéctica (y aún de toda racionalidad). La relectura de la historia argentina y latinoamericana me revelaba en la acción de sus grandes caudillos populares la práctica de tal autoafirmación.

Mientras tanto, el régimen militar se deterioraba lenta pero inexorablemente. El apoyo inicial de los sectores medios se desvanecía. El relativo aislamiento internacional, la absoluta incapacidad para encontrar los más elementales atisbos de solución a los grandes problemas nacionales, la corrupción y las disidencias internas, las consecuencias inexorables del genocidio, la absoluta ile-